

De D. ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH (*ingresó en 17 de junio de 1889.*)

NUEVOS ASPECTOS DE ROGER DE FLOR EN LA HISTORIA DE PAQUIMERES

La figura de Roger de Flor sale pintada en la historia del escritor bizantino Paquimeres con más riqueza de matices que en la misma Crónica de Muntaner. Aquél tuvo ocasión de verle más de cerca que éste en la corte imperial, de cuya vida participa íntimamente el valeroso caudillo de las huestes catalanas, por los estrechos lazos de la sangre que, por razón de su casamiento con una princesa bizantina, le ligaban al emperador Andrónico II Paleólogo. De estas relaciones nacieron episodios muy interesantes y hasta dramáticos en la vida de Roger de Flor, ignorados del cronista catalán, que dan un curioso relieve a su personalidad. Ya tendremos pronto ocasión de hablar de ellos.

La violencia, la crueldad y la codicia son rasgos que pone Paquimeres al descubierto, y que Muntaner oculta discretamente. Mas, al lado de estos defectos, deja transparentar cualidades bien atractivas: la generosidad, la lealtad para los suyos, una ruda sinceridad, el respeto a la fe jurada y un don de simpatía que irradiaba su franco y noble carácter. Parece, por el retrato que de él nos hace, que le hubiera conocido y aun tratado personalmente, que le hubiera contemplado a su sabor en la suntuosa corte del basileus, o por las calles de Constantinopla. Nada más probable lo primero, porque en el palacio de Blaquernes, el sacerdote historiador era muy estimado por su sabiduría y por los altos cargos de que se vió investido. «Se hallaba — dice — Roger en el momento más florido de su edad. Era de terrible aspecto, rápido en sus determinaciones, activo en el obrar, cuando llegaba la ocasión. Era noble y belicoso, y hábil en saber gobernar gente indisciplinada y en tenerla incondicionalmente adicta, con admi-

rable industria y penetrante espíritu.»¹ Son pinceladas éstas de mano maestra, que vemos plenamente confirmadas con candoroso lenguaje en la *Crónica* de Muntaner.

En sus relaciones con el viejo emperador, siempre venerable y mesurado, en medio de su debilidad, es respetuoso y leal, y si peca alguna vez de insolente, nunca en el grado en que lo fué Berenguer de Entenza, que llegó a hacer befa de las vestiduras megaducales, sacando con ellas el agua del mar. Todo ello, por otra parte, no ha de sorprendernos, dados los estrechos lazos que, como dijimos antes, le unían con Andrónico II, pues, por su esposa María, era sobrino suyo. Era incapaz de felonía alguna, ni de comprender la mala fe, aun en sus mismos enemigos, y esto fué la causa principal de su muerte. Entonces fué verdadera víctima de su lealtad a toda prueba y de su respeto a la palabra empeñada. Esa misma lealtad y devoción las guardó inalterables hacia los suyos, a pesar de los halagos y grandezas con que quiso ganarle y apartarle de ellos la pérfida diplomacia palaciega. Era bien fácil de comprender por sus palabras — exclama Paquimeres —, *que era muy afecto a los intereses de sus soldados, de tal manera, que cualquiera que intentara desligarle de ellos provocaría su indignación.*²

Otro aspecto muy interesante de la fisonomía moral de Roger de Flor nos descubre Paquimeres, como acabamos de indicar, y en esto no le va a la zaga Muntaner: era la fuerza con que se ganaba el afecto e inclinación de los que de cerca le trataban. Sabía ganarse amigos en todas las esferas sociales. El rey Federico III de Sicilia, en cuanto le conoció, quedó prendado de él, y de él hizo su hombre de confianza. Con Berenguer de Entenza le ligó la amistad más fraternal y se hicieron mutuamente donación de bienes. No hay que ponderar cómo se ganó el afecto de Muntaner, que nos informa de todas estas cosas, y con qué entusiasmo habla de él. Ya en su infancia cautivó la voluntad del templario Vasallo, que pidió a su madre

1. PAQUIMERES, GEORGI PACHYMERIS. *De Micaele et Andrenico Palacogis*. Libri tredecim... Bonnæ. MDCCCXXXV, vol. II, lib. V, capítulo XII.

2. PAQUIMERES, *Op. cit.*, vol. II, lib. VI, cap. VI.

le permitiera llevárselo con él para hacerle hombre, amándolo como si fuese hijo suyo. «*E aquest prohom — dice Muntaner — assaltás tan d'aquell fadrí Roger que aixís l'amava com si fos son fill, e demanalo a la mare.*»¹

En las páginas de Paquimeres descubrimos cuán intensamente se abrió paso también su privilegiado don de gentes en la misma familia imperial. Sabido es que Andrónico II le concedió la mano de su sobrina María, hija de su hermana Irene, casada con Juan Asan III, rey destronado de Bulgaria, que al perder su solio se había refugiado en el palacio imperial de Blaquernes, donde residía su cuñado el basileus. De la gentil esposa de Roger nos dice únicamente Muntaner que tenía diez y seis años, y que era una de las más bellas y más sabias doncellas del mundo; elogio impregnado del encanto del lenguaje convencional trobadoresco o cortesano de la época.² Fuera de esta vaga y ligera indicación, frase hecha más bien que frase viva, nada sabemos, ni por el cronista catalán ni por el historiador bizantino, de María Asan, y su gentil figura queda siempre en la penumbra.

Pero, a su lado, Paquimeres nos presenta otra femenina de más energético relieve, que había de jugar un papel muy importante en los nueve escasos meses de duración que tuvo la corta vida de Roger de Flor en el Oriente bizantino; mujer privilegiada, sin duda, que sintió por él una tiernísima afección, y tuvo en la voluntad de Roger un decisivo ascendiente. Esta mujer excepcional fué Irene Paleólogo, su suegra, la fastuosa ex reina de Bulgaria, experimentada en grandezas y reveses de fortuna. Llegó a querer a su joven yerno como un hijo de sus entrañas, o tal vez con ciega e ilícita pasión. En el palacio de Blaquernes, en las relajadas costumbres de la corte bizantina, no eran raros dramas sentimentales de este género. La zarina de Bulgaria ejercía, también, una gran influencia en el apocado ánimo de su hermano Andrónico, y más de una vez vigorizó y afirmó su confianza en la lealtad del caudillo de los Catalanes, cuando le desacreditaba y amagaba su ruina el partido a él hostil, dentro de la

1. MUNTANER, *Crónica*, cap. CXCIV.

2. MUNTANER, *Crónica*, cap. CCL.

misma familia imperial, al frente del cual figuraba el conregente Miguel, enemigo irreconciliable de aquéllos, ya desde el punto de su triunfal llegada a Bizancio. Formaban al lado de Roger, dentro de la familia de los Paleólogos, no sólo su suegra, sino, también, sus cuñados, los príncipes Asanidas.¹

Esta familia grecobizantina constituía un grupo compacto y aparte dentro de la imperial, hasta tal punto, que cuando la esposa de Roger, María, fué a pasar el invierno a su lado, en Cizikos o en Galípoli, corrían a acompañarles su suegra y sus cuñados, abandonando la suntuosa mansión de las orillas del Cuerno de Oro. Por Muntaner sabemos que en Cizikos pasaron a invernar con la megaduquesa al menos dos de sus hermanos,² que bien pudieran ser Miguel y Andrónico. La reciente muerte del destronado rey Asan de Bulgaria, cuando los Catalanes se hallaban en sus cuarteles de invierno de la península de Artaki o de Cizikos, hubo de hacer necesario el retorno a Constantinopla del príncipe Miguel, que desde aquel instante era el heredero titular de la corona del llamado por nuestro cronista *imperi de Lanzaura*.

Más confiaba Andrónico en el ascendiente de su hermana sobre el megaduque, que en el de los más altos magnates de la corte. Citaremos un caso. Se aproximaba la primavera de 1304, y nada sacaba a Roger de su inacción. Filadelfia estaba en su último extremo, oprimida por los Turcos y por los rigores del hambre. Una cabeza de asno valía muchas *siclas*, y una pequeña cantidad de sangre de puerco o de cordero, una pieza de oro. El basileus, presa de la desesperación, después de muchas tentativas, se determinó a jugar la última carta, esto es, la mediación de su hermana, para decidir al megaduque a correr en auxilio de la afligida ciudad. Aunque se acercaba la Semana Santa, Irene, que había quedado viuda muy recientemente del rey búlgaro destronado, volvió de nuevo a atravesar el Bósforo. Cabalmente Roger la había enviado poco antes a

1. Eran éstos cinco: Miguel, Andrónico, Manuel, Constantino e Isaac. El primero, Miguel, fué rey titular de Bulgaria, y Andrónico, protovestuario del Imperio.

2. MUNTANER, *Crónica*, cap. cciv.

Constantinopla, con la megaduquesa y dos hermanos suyos, para no dejarlos solos en Cizikos, cuando comenzaron la campaña. Los ruegos de la suegra pudieron más en él que las repetidas órdenes imperiales y sus deberes militares. Filadelfia fué salvada.¹

Una nueva intervención muy eficaz de Irene cerca de Roger se nos vuelve a ofrecer en el asunto de Nostongos, haciendo caer al magnate bizantino en desgracia del basileus. Nostongos, en efecto, en divergencia con Roger, es desposeído de su cargo y puesto en prisión.²

Otra nueva ocasión presentóse a Andrónico, un año más tarde, de utilizar los servicios de su hermana. Se acercaba una nueva primavera, la de 1305, y convenía que el megaduque saliese otra vez a combatir a los Turcos, que volvían a enseñorearse del Asia Menor. Poco antes, el basileus quiso ganárselo incondicionalmente y desligarle de los intereses de la Compañía. A tal efecto, puso en juego toda clase de ofrecimientos. Roger sería elevado a la alta dignidad de César, gobernaría la Anatolia como un principado independiente, bajo la soberanía de Bizancio, y de más a más recibiría 20,000 escudos de oro. Roger rechazó todas estas proposiciones con altivez. Lo que quería ante todo es que se pagase a sus soldados los sueldos que se les debían. Los enviados imperiales, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, dieron cuenta a Irene — dice Paquimeres — *para que ganase su voluntad*.³ El emperador se decidió por fin a arreglar el asunto de los sueldos, y, al efecto, envió otro dignatario, llamado Cannavurios, que antes debía entrevistarse con Irene, como medianera, *tanto para enterarla de lo que se había convenido, como para reconocer el estado de los asuntos y darle aviso*.⁴ Sólo así, mediante los buenos oficios de Irene, pudo aceptar Roger de Flor la dignidad de César sin excitar la desconfianza de la Compañía.

Antes de estos hechos que acabamos de citar, asistimos a otra intervención de Irene y de María. Miguel IX había escrito a su padre Andrónico II una carta para que

1. PAQUIMERES, *Op. cit.*, vol. II, lib. v, cap. XXI.
2. PAQUIMERES, *Op. cit.*, vol. II, lib. v, cap. XXIV.
3. PAQUIMERES, *Op. cit.*, vol. II, lib. VI, cap. XVI.
4. PAQUIMERES, *Op. cit.*, vol. II, lib. VI, cap. XVII.

no recibiera a Roger, negándose a combatir con él y, además, a que sus tropas catalanas luchasen al lado de las griegas en la guerra de Bulgaria. Andrónico II acudió a los buenos oficios de Irene y de María y envió estas dos princesas para que fueran al encuentro de Roger cuando éste desembarcaba en Galípoli, a fin de limar las asperezas que existían entre él y el corregente Miguel IX.¹

Pero en ninguna otra ocasión se nos muestra tan vivo el interés que por la suerte de Roger sentían su suegra, la que fué un día reina de Bulgaria, y su mujer, la princesa María, y hasta sus cuñados; ni nunca tan manifiesta la íntima compenetración de sentimientos que ligaba esta rama de la familia del *autocrator* en un mismo vínculo de hermandad con la Compañía catalana, como cuando el mismo Roger manifestó su intento de irse a despedir del corregente Miguel IX antes de emprender la nueva expedición contra los turcos. Siempre el caudillo de la Compañía había procedido con sus soberanos con hidalga nobleza. Ya el año anterior no quiso salir para libertar a Filadelfia sin prestar acatamiento antes a Miguel IX, y sólo mereció de él una humillante negativa. La oposición de las dos princesas a su intento, en el caso actual, mostraba hasta qué punto recelaban de las malévolas disposiciones del corregente. Su ternura femenina no las engañaba. Y no es ahora Paquimeres quien las pone en escena y las presenta en una actitud que por sí sola era una grave acusación anticipada de la felonía que iba a cometerse. Es el mismo Muntaner quien corrobora con una sola enérgica pincelada cuanto hemos procurado demostrar de que siempre había sido Irene para su yerno un ángel tutelar. En vano le aconsejaron que por nada del mundo llevase a cabo su resolución; que bien sabía que el príncipe Miguel era su mayor enemigo. El César sólo les respondió que ningún motivo le apartaría de su resolución; que fuera una gran vergüenza que partiese de Rumania hacia la Anatolia sin despedirse de su señor.²

Paquimeres confirma esta resolución del César de ir

1. PAQUIMERES, *Op. cit.*, vol. II, lib. VI, cap. III.

2. MUNTANER, *Crónica*, cap. CCXIII.

a Andrinópolis a ver al emperador Miguel IX con el intento de despedirse de él.¹

Las princesas bizantinas y los cuñados búlgaros² acuden a un recurso extremo y solemne para vencer la inflexible voluntad de Roger; reúnen el Consejo general de la hueste catalana, como solía hacerse en las circunstancias más críticas y supremas, y el Consejo, unánimemente, une sus ruegos a los de toda la devota familia de los Asanidas.³ Esta dramática e interesante escena en que, por primera vez, aparecen unidos, en un mismo sentimiento de amor, griegos, búlgaros y catalanes, no tuvo resultado alguno. Roger de Flor fué, lleno de lealtad, a Andrinópolis a ponerse bajo el arbitrio de su innoble primo, y ya sabemos cuán trágica recompensa recibió tanta nobleza.

Lo que después nos cuenta Paquimeres de la activa y apasionada princesa Irene, la única vez que más adelante sale en su historia, acaba de perfilar con un gesto heroico esta interesantísima mujer. Irene quiso vengar la muerte de Roger, y tramó una conspiración contra su propio hermano, el basileus Andrónico, en el palacio de Blaquernes. Descubierta la conjuración — ¡nos resistimos a creerlo! — por el antiguo caudillo de los Almogávares, Ferrán Jiménez de Arenós, que se había pasado al partido del imperio, la desgraciada ex reina de Bulgaria fué recluida interinamente en una habitación del inmenso palacio del Bósforo, mientras el basileus aplazaba para más adelante el conocimiento y resolución del asunto.⁴ Ya no vuelve a hablar más de Irene el historiador bizantino en los siete capítulos que siguen al de este episodio, que son los últimos de su obra. De Ferrán Jiménez de Arenós, sí, pero preséntale con innobles rasgos, haciendo traición, unas veces, a los Catalanes; otras, al emperador, y atribuyéndole hechos tan canallescocos como el burdo engaño de los cofres llenos de arena, que pusieron en juego en el poema del Cid los judíos Raquel y Vidas.⁵

1. PAQUIMERES, *Op. cit.*, vol. II, lib. VI, cap. XXIII.

2. MUNTANER no indica aquí el número de estos cuñados, como anteriormente.

3. MUNTANER, *Crónica*, cap. CCXIII.

4. PAQUIMERES, *Op. cit.*, vol. II, lib. VII, cap. XXX.

5. PAQUIMERES, *Op. cit.*, vol. II, lib. VII, cap. XXX.

Al comentar el dramático desenlace que la resolución de Irene pone a la tan novelesca vida de Roger de Flor, vuelve otra vez a la punta de nuestra pluma, más robustecida aún, la conjetura que adelantamos ya al señalar el papel que desempeñó en los asuntos del caudillo supremo de la Gran Compañía. ¿Despertó, repetimos, este legendario personaje en el corazón de su suegra otros sentimientos que los de una intensa ternura maternal? No tenemos fundamentos para afirmarlo, ni para negarlo, ni la fría exposición de los hechos por Paquimeres sugiere lo primero, por más que, como hemos indicado ya antes, la corrupción de costumbres de la corte del Bósforo por un lado, y por otro, las excepcionales dotes de aquel soldado de fortuna, muerto a los treinta y siete años de su edad, en la plenitud de su juventud, bastarían para explicar una fragilidad femenina. Forzosamente había de ofrecer singular atractivo aquel extraordinario aventurero, que, nacido en humilde cuna, se había elevado, por su propio esfuerzo, al solio de los Césares del imperio bizantino, mezclando su sangre plebeya con la de un emperador semidivinizado, delante del cual las más altas dignidades del palacio debían hincar sus rodillas a cuarenta pasos de distancia del altísimo trono. La muerte del invencible capitán de la Compañía catalana tiene este romántico e inesperado epílogo: una princesa griega expone su vida para vengar su infame asesinato, y su noble fisonomía sale todavía más idealizada en medio de las sombras que proyecta la traición hecha a la memoria de su antiguo compañero de armas, el aragonés Jiménez de Arenós.

Es lástima que cuantos escritores han tratado de presentar poéticamente en el drama, en la novela o en el poema épico la figura legendaria de Roger de Flor, no hayan tenido noticias de esas estrechas e interesantes relaciones de aquél con la zarina Irene, pues ellas les hubieran proporcionado materia dramática viva, sin tener que echar mano de absurdos recursos imaginativos, como lo hicieron García Gutiérrez en su sobrado famosa *Venganza Catalana*, o Ángel Guimerá en el *Camí del sol*, para no citar más que obras de autores de primera fila.